Las obras menores de Pereda

Suele ocurrir con los grandes creadores del Arte que las obras cumbre logradas por éstos achican y hacen olvidar otras creaciones de subido valor, con las cuales sus autores fueron subiendo la difícil pendiente de la perfección artística. Y si ello es cosa natural y fácilmente explicable en la generalidad de los casos, tiene algo de paradógico en lo que se refiere a la totalidad de la obra del insigne Pereda.

Porque es el caso, que precisamente estas obras menores del escritor montañés fueron las que durante mucho tiempo, al sentir de los críticos de la época y antes del triunfo resonante de *Sotileza* y *Peñas arriba,* definían al escritor y marcaban el coto en el cual, según su consejo, había de moverse la pluma del glorioso autor. Hoy, sin embargo, ha llegado ya el momento en el cual los lectores de Pereda siguen gustando del arte exquisito de este escritor, pero limitan más de la cuenta sus lecturas.

Las dos grandes novelas citadas, *La Puchera, El sabor de la tierruca;* las no tan generalizadas *Pedro Sánchez, La Montáivez,* son las obras que la nueva generación conoce, y siendo ellas, en efecto, lo más brillante de la producción, bueno es advertir que para admirar todas las radiantes facetas de Pereda es ineludible la lectura de las que llamaríamos *obras menores,* entre las cuales, fácilmente se advierte, queremos recordar las contenidas hoy, dentro de la colección de las OBRAS COMPLETAS, en los volúmenes titulados *Escenas montañesas, Tipos y paisajes, Esbozos y rasguños.*

Lector que no haya gustado de los primores de aquel bello cuadro *La robla,* aunque haya gozado de la belleza de las obras

definitivas de Pereda, puede asegurar que desconoce unas de las páginas más hermosas de toda la literatura del siglo XIX. Y es el tal cuadro, aunque compuesto en el marco de una feria montañesa, de tal condición de vida y de tan sincera humanidad, que sus límites artísticos los vemos ensanchados por insospechados horizontes cuando por cualquiera parte de nuestra península presenciamos aún los tratos y contratos de la sencilla gente aldeana, a la que aún no haya viciado la intromisión de la *gitanería* profesional. Las montañas de León, las llanas tierras de Burgos y de Soria, y ni que decir tiene los prados de Asturias, han dejado archivada en *La robla* una de las más típicas escenas, una como especie de rito, ¡sabe Dios cuando nacido! de la fe pública campesina.

Al mismo género puede agruparse *El día 4 de octubre,* y tengo para mí que el lector contemporáneo, demasiado fatigado ya de las novelas de tesis social, no dejará de sentir oreado su espíritu y confortado su ánimo ante aquel sugestivo cuadro, en el cual saben exigirse las responsabilidiades en concejo por modo tan equitativo e inapelable. Aquel lenguaje, la ruda prestancia de los tipos aldeanos, las alegaciones de sus reparos y las razones y exculpaciones del jefe de pastores son algo tan fluyente de vida, que ponen a Pereda definitivamente en la lista de aquellos autores, pocos en número en todos los tiempos, que supieron hacer con la realidad de todos los días, con lo que es la propia substancia de lo cuotidiano en amores, en palabras y en pensamientos, arte exquisito y perdurable.

A estas citas bien se podrían añadir otros comentarios referentes a *El jándalo, Arroz y gallo muerto,* que acaso no holgarían para solicitar la atención del buen gusto hacia tan acabadas escenas, las cuales, mudando los tiempos, tienen un valor representativo no menor que los admirables cuadros de un Martínez de Toledo.

No tiene, afortunadamente, Pereda rasgo alguno que le pueda encasillar entre los escritores *sensibleros,* que harto hemos padecido ya, renegando de que pueda darse en la decadencia de confundir la emoción artística con la blandura fofa y gelatinosa de tanto escritor de los comienzos de nuestro siglo. Es siempre el autor de *Sotileza* viril, lo que diríamos *objetivo;*

Retrato al óleo de Pereda, por Robles.

A él se refieren aquellas palabras de Galdós en el prólogo a *El Sabor de la Tierruca:* «Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de *usarcé.*»

pero si no se ha leído *La leva* no se sabrá nunca cómo precisamente esa objetividad, descarnada y aun agriamente pintada en la primera parte del cuadro, pueda resolverse en la honda, en la resignada emoción con que *el Tuerto* ordena al viejo patrón, remiso en soltar el cabo que amarraba la lancha, aquel ¡*larga*!, después del cual todo lo más querido había de quedar, ¡quién sabe si para siempre!. abandonado.

Se ha olvidado pronto el juicio de Menéndez y Pelayo, por tantos títulos definitivo, al estudiar la obra literaria de su paisano:

"Si yo dijera que para mí son las dos series de las *Escenas Montañesas* lo más selecto de la obra de Pereda, no diría más que lo que siento; pero temo que muchos no sean de mi opinión, y que en ella influyan demasiado, por un lado el amor a las cosas de mi tierra, y por otro recuerdos infantiles, imposibles de borrar en quien casi aprendió a leer en las *Escenas,* y las conserva de memoria con tal puntualidad, que a su mismo autor asombra. Pero aun descartados estos motivos personales, todavía admiro yo más en Pereda al autor de bosquejos y cuadritos de género que al de novelas largas y entre las escenas cortas, todavía doy la preferencia a las de costumbres marineras sobre las de costumbres campesinas, sintiendo que no sea mayor el número de las primeras, en las cuales logra el ingenio de su autor un grado de vigor y de fuerza creadora y hasta de terror sublime que, por decirlo así, le levanta sobre sí mismo."

Claro es que esto se escribía antes de aparecer *Sotileza,* pero bueno será advertir que el sutil crítico encontraba precisamente en esos cuadros maravillosos los heraldos de la obra que había de llegar, y así lo anuncia, augurando para muy en breve la aparición de aquella, que por fortuna no se hizo esperar.

Casi lugar común ha sido el achacar a Pereda causticidad en su humorismo y aun cierto espíritu sarcástico al reproducir determinados tipos con los cuales, desde luego, se echa de ver, no tenía su alma noble simpatía alguna. Pero dígase si ante las buenas gentes encarnadas en don Pedro y don Crisanto en ¡*Cómo se miente*! puede alguien tachar de duro el *rasguño* de Pereda. Es la realidad hecha arte, que sin fines docentes ni moralizadores deja en el complacido lector este pensamiento:

Ciertamente, ayer y hoy, y aquí y allá, en la vida social y en los cabildeos políticos y en la tertulia ociosa así se producen las gentes, y, muchas veces, no las precipitadas y facciosas, sino las *buenas gentes,* las que serían incapaces de propagar una injuria ni levantar una calumnia.

En otros artículos de *Esbozos y Rasguños* encontraremos cuadros como *Los buenos muchachos,* donde acaso hoy no acertemos fácilmente a hallar la realidad que tuvieron hacia la mitad del siglo pasado, porque hoy ya no dominan los buenos muchchos, sino los *señoritos comunistas;* pero allí nos encantará la exactitud del retrato y el donaire con que es trazado, fijando para siempre un tipo, que, no por ser hoy menos corriente, deja de aparecer de cuando en cuando ante nuestros ojos. Y nota riente del limpio humorismo de Pereda hállase en aquel esbozo *El primer sombrero,* documento graciosísimo, no sólo de los desasosiegos y azoramientos juveniles de la víctima, sino archivo de las *buenas maneras* y arreos de distinción que una sociedad, un poco ingénua y cómicamente ceremoniosa, imponía a sus elegidos.

Pero esta nota con que yo quiero llamar aquí la atención de los amigos de Pereda, y han de serlo cuantos le han leído y hayan de leerle, habría de ser interminable si hubiere de citar algunos más de los aciertos soberanos que forman la colección de lo que he llamado *obras menores.* Baste a mi intento el dejar sentado, y no soy sólo en la opinión (sin traer a cuento la de los que miopemente llegaron a escribir que la gloria de Pereda se cifraría en estos *cuadros de costumbres*), que nunca se conocerán a fondo las cualidades inagotables de nuestro grande escritor realista, si se prescinde del trato con estos *dioses menores* de que tan profusa y tan genialmente pobló don José María de Pereda el olimpo artístico donde supo entronizar como a soberanos al P. Apolinar, a Muergo, a Sotileza, a don Calso y tantos más.

José Rogerio Sánchez.